

jar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantanado, y despues subir por las faldas de la sierra, que eran agrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumíanse los peones, y entretanto los enemigos los herian á su salvo, y huían. Gonzalo aquel dia, sirviendo mas de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fué el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demas soldados entraron tambien, y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja, y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo, que fué preciso al Rey Don Fernando pasar á aquella provincia, convocar ejército, y seguir en persona á los alborotados. Tomó por asalto á Lanjaron; y los infieles amedrentados trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales, que entregaron en rehenes. Fian en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocian y veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concierto. Así fué; y Gonzalo les ganó el perdon y unas condiciones, que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de 1500, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado, que pedían á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el Rey de Francia Carlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó tambien en sus miras ambiciosas sobre aquel pais. Carlos habia sido llamado allí por Esforcia; y Luis vino á despojar á este usurpador del estado de Milan: ejemplo insigne á los Principes débiles, que casi nunca buscan un protector mas poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha alianza con el Papa Alejandro, con los florentines y con los venecianos, se apoderó del Milanés, y empezó á extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia: el Rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba: pero Fernando el Católico quiso mas bien entrar á la parte de los despojos, que la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro, y aun con indignacion, ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel Príncipe, que tres años antes habia sido reconocido y amparado por el Rey de España su tio, á quien no habia hecho ni agravio ni injuria: como si lo que se llama alta política, entre los hombres, atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infantes y seiscientos caballos, salieron en junio de aquel año, y se dirigieron á Sicilia; lle-

vando por general á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo habia exaltado la juventud española; y ansiosos de gloria y de fortuna los nobles habian corrido á alistarse en sus banderas. Con él fueron entonces Don Diego de Mendoza, hijo del Cardenal de España; Villalba, que después se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego García de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus fuerzas hercúleas; Zamudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero mas por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se habia perdonado gasto alguno en los preparativos; y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bizarría correspondiente á su reputacion, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano Don Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Mecina, salió al instante á unirse con la escuadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadian las islas de la república en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseida de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco tiempo habia por los bárbaros á la dominacion veneciana. Saltó el ejército en tierra y puso sitio al fuerte que habia en la isla, llamado de San Jorge, donde estaba recogida toda la

gente de guerra. Hechos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo, antes de empezar, envió á requerir á los cercados con un mensaje, en que les decia: que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso Rey, y vencedores de los moros en España, habian venido en auxilio de los venecianos; que por tanto si entregaban la isla y la fortaleza, podrian retirarse salvos; pero que si hacian resistencia, no se libraria ninguno. *Gracias os doy, cristianos*, respondió el albanés Gisdar, comandante del castillo, *de que seais la ocasion de tanta gloria, y de que vivos, ó generosamente muertos, nos proporcioneis tal lauro de constancia con Bayaceto nuestro Emperador. Vuestras amenazas no nos espantan: la fortuna ha puesto á todos en la frente el fin de la vida. Decid á vuestro general, que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á vuestro esfuerzo, ó á vuestra fortuna.* Dichas estas palabras hizo traer un fuerte arco, con un carcax dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia, y despidió á los mensajeros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus enemigos fué igual á esta ostentacion de bizarría. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces: el fuerte bien pertrechado, y situado ademas sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artilleria veneciana; pero Gisdar y los su-

yos, sin aterrarse por los portillos que hacía, ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga, ni excusar peligro, resistían á los asaltos, ofendían con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veían cubiertos de ellas. Añadíase á esto que estaban enervadas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenían además ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entonces llaman *lobos*, con los cuales asían los soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo, dejándolos caer, ó los atraían á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fué asido Diego García de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones, si eran forzados á rendirse.

Así proseguía la porfía igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenían en continua vela á los sitiadores; y alguna hicieron que á menos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, fuera grande el estrago y quizá irreparable daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas el general es-

pañol había dispuesto un bastion, cuyos tiros, alcanzando mas que los arcos enemigos, arredraban á sus flecheros. Mandó despues preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y disponer las escalas para asaltar el fuerte con su gente. Las minas reventaron; y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenían hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojados, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistían desesperadamente, rompiendo las escalas, y arrojando del muro á los españoles que ya habían subido. Fué necesario mandarlos retirar; y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco despues intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros, que habían domado los moros en España, y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron despues, con daño suyo, á temerlos y á estimarlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando tambien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería, y por los solda-

dos. Puestas á punto todas las cosas, y animado el ejército, dióse la señal; y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro, y entraron la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna; y solo se rindieron prisioneros ochenta turcos, que debilitados por los trabajos y heridas recibidas, no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demas.

Tomada así Cefalonia, y dejándola en poder de su aliado, el Gran Capitan, pasados algunos dias, en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volvió á Sicilia á principios del año de 1501. A Siracusa le vino á encontrar un embajador de la república; la cual, en demostración de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de gentil-hombre veneciano, y un magnífico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Rehusó al principio; mas obligado á aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su Rey, y él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente, *que lo hacía para que sus competidores, aunque fuesen mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentiles-hombres que él.*

Estas satisfacciones y esta gloria fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habíanse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversión. Don Alonso de Aguilar fué uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del Conde de Ureña; y uno y otro con su huésté empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en sierra Bermeja. En todos nuestros historiadores, pero mas bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde, en que los nuestros hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan, y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus gefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Feri de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios, y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desorden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano Don Alonso, Don Pedro su hijo, y el Conde de Ureña hacen prodigios de valor: todo es inútil: los nuestros caen ó muertos ó heridos ó derrumbados. Don Alonso de Aguilar combatia entre dos peñas: allí le fué á buscar el Feri: allí se asió á brazos con él: *yo soy Don Alonso*, decia el cristiano: *yo soy el Feri de Benastepar*, replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á

Gonzalo á Sicilia; y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de allí á poco á Regio para ejecutar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavía el Rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¡Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir á un Rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa, en pleno consistorio, anunció la liga entre los Reyes de Francia y España; y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico, para que renunciase solemnemente en su nombre los estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel Monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes, aún en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á excepcion de Tarantó y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados tambien de casi todo lo que les pertenecia en la particion. Federico, despues de

haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, habia abandonado sus estados, y acogidose á la isla de Iscla, desde donde se concertó con el Rey de Francia; y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel estado mejor que á los del Rey de España su tio, á quien aborrecia mortalmente por su perfidia. Gonzalo en esta situacion, previendo ya que la union entre dos Príncipes ambiciosos no podia durar mucho tiempo, y que cada uno querria tener el todo para sí, se aplicó á ganar la afi- cion de los naturales del pais, y atraer á su partido todas las personas de distincion. Restituyó sus estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes habia despojado Federico, en castigo de su adhesion á la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colonna, gefes de la familia de este nombre en Roma; excelentes militares, á quienes dió al instante el mando de las alas de su ejército. A éstos siguieron una porcion grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Tarantó. Era esta plaza la mas fuerte y la mas importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de oriente y de poniente, y á la cabeza de ellos habia dos castillos fortísimos para defenderlos; mientras que á la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proximi-

dad á los navíos. Fiado en esta posicion, y en seis mil hombres de guarnicion que tenia en Taranto, el infeliz Federico habia enviado á ella á su hijo Fernando, Duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible; creyendo que la tardanza de la expugnacion quizá daría ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos, Gonzalo dudoso si atacaría la plaza á viva fuerza, ó convertiría el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó pues la ciudad con trincheras por tierra; puso dos fuertes enfrente de los dos puentes; y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen al rededor de la isla, y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto. Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependía el fin de la guerra; y quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado allí un escollo, si el poco ánimo de los que dirijian al Duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les habia encomendado Federico, desempeñaban toda su confianza, aun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo, pidiendo treguas por dos meses, para recibir avisos del Rey desposeido. Las treguas se ajustaron; y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorogaron después por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en tercería

por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del Rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad al Duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre, ó adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con mas solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fué entregada conforme al concierto; pero el Duque de Calabria en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fué enviado en una galera á España á padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de estado. Fué nuestro héroe en esta ocasion un pérfido, un sacrilego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo, que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podia anular una condicion hecha sin participacion suya: en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del Duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Esfugios inútiles! ¿á quién persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel Príncipe desgraciado fué traído á España por fuerza, mientras que Taranto, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendicion. Dígase lo que se quiera, este es un torpe borrón en la vida

de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caer al Rey de España; y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero: mas á pesar de esta escasez Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa mandada por el Conde de Rabestein, despues de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lesbos, fué acometida en el mar de una tempestad violenta, que echó á pique muchos buques, y maltrató cruelmente los demas. Desbaratados y dispersos arribaron por fin á las costas de Calabria, siendo los mas maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se les auxiliase á todos; y él en particular envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia mas bien regalo de un Rey que expresion de un particular; bastando no solo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creido eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna, y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta

demonstracion de bizarría, era cuando sus tropas estaban mas necesitadas. Empezaron á murmurar altamente los soldados de que su general fuese tan liberal con los extraños, y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga, y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. *Mas le valiera, decian, pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra*: de la murmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropados y armados se presentan á su general, y en altas voces demandan lo que se les debe, y con su gestó, ademan y armas le amenazan y procuran amedrentarle. Él desarmado y tranquilo escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado, fuera de sí, le pone la pica á los pechos, y él desvia blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose, *mira que sin querer no me hieras*. Un capitán vizcaino, llamado Iciar, se arrojó á decirle, en ofensa de su hija Elvira, palabras, que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efecto tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y por lo mismo debió serle tanto mas sensible la increpacion del insolente vizcaino. Mas no dándose por entendido de ella entonces, sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana en castigo de su desacato. Este ejemplo de severidad aterró á los alborotados, que no osaron despues desmandarse; pero

el descontento seguía, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de Cesar Borja, hijo del Papa Alejandro. Este, habiéndose desnudado del carácter de Cardenal, hecho Duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada; y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó mas de cien mil ducados, y con ellos contentó á su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar que á tuerto ó á derecho era preciso buscar con que mantener los soldados, y procurar la victoria; y despues quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados; los cuales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del Rey de España. En la particion que los dos Monarcas habian hecho de Nápoles, se habia expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Princi-

pado, Capitanata y Basilicata, que despues cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses en particular decian que la Capitanata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, ó debería ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada, y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España, y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografia: despues los franceses impacientes empezaron á apoderarse por fuerza de algunos lugares; y aun quisieron oponerse, aunque en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El Duque de Nemours, su general, y el Gran Capitan consultaron á sus Soberanos; y estos lo remitieron á su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita, situada entre Melfi y Atela; y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto pues que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, despues de haberse dado todas las muestras de estimacion y cortesía, se separaron á anunciar á sus tropas, que la parte que tuviese mas fuerza ó mas fortuna, esa seria señora de todo el reino. Italia estremecida vió llegado el tiempo en que, renovadas las antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.